ALEXANDRA ROMA

Un océano entre tú y yo



esencia

Índice

Portada
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A mi padre, Javier, y a mi madre, Elena

Prólogo

Adriana parpadeó un par de veces tumbada sobre la hierba fresca. Aspiró profundamente, para llenarse los pulmones de ese olor a mar entremezclado en su justa medida con el de la naturaleza que la rodeaba.

Los expertos habían dicho que esa noche habría una lluvia de estrellas como no se había visto antes. Caerían entre cien y cuatrocientos meteoros por hora, un hermoso espectáculo que podía rivalizar con el de las famosas perseidas. Era consciente de que a lo largo y ancho del mundo, miles de personas se encontraban como ella, exactamente en su misma postura, esperando a que el infinito universo los maravillara como sólo él sabía hacer, con su grandeza eterna.

Sin embargo, Adriana era una afortunada. Tenía una de las mejores panorámicas del acontecimiento, desde la cumbre montañosa que custodiaba su ciudad en las Rías Baixas, Vilagarcía de Arousa. Casi podía competir con la del mirador de Lobeira. El manto oscuro cubría hasta donde alcanzaba la vista y, como banda sonora, poseía el silencio de la intimidad, adornado con el balanceo de las ramas de los árboles y los roedores, animales y aves que, conscientes de que ese territorio les pertenecía, se movían en él con total libertad.

Las luces de las diferentes viviendas de las colinas parecían luciérnagas que pintaban un cuadro gallego imposible de olvidar. Los árboles, salvajes e independientes como sus habitantes, crecían sin control, tratando de rozar con su copa esas nubes que allí estaban más cerca de la tierra que en ningún otro sitio.

De pequeña, Lidia, su madre, siempre le decía que la línea que separaba lo terrenal de lo divino era más tenue en Galicia. «¿Acaso alguien puede dudar, después de ver tanta belleza, que esto es el paraíso?», repetía sin cesar. Pero su criterio era poco objetivo y, por si alguna vez tenía alguna duda, sólo era necesario que sacara a relucir las viejas leyendas de las meigas.

Distinguió el primer astro que caía, transformándose en un rastro que trazaba un difuminado camino blanquecino que se perdía en el firmamento, entre las constelaciones. Lo señaló, pese a que estaba sola, e imaginó la cantidad de deseos que se estarían formulando en ese mismo instante. Ella no pidió ninguno. No estaba acostumbrada a dejar su vida en manos del azar ni de antiguas supersticiones. Si algo tenía que pasar, ocurriría sin que una estrella tuviera que interceder. No le gustaba soñar con fantasías futuras, sino modificar su realidad para vivir el presente deseado.

Permaneció en la misma postura, hasta que esa imagen de postal se enturbió con la aparición de un halo de luz blanca que provenía directamente de entre las nubes, enfocando un punto en el mar. No, no estaba presenciando una especie de acontecimiento paranormal. Se trataba de un helicóptero de la Policía Nacional, que acababa de localizar una lancha que trataba de introducir droga, no sabía si cocaína o heroína, que era con lo que más se traficaba allí, en el interior de las rías.

El barco comenzó a moverse entre las olas, serpenteando bajo la atenta mirada del piloto, que perseguía a los narcotraficantes sin tregua. Éstos, en lugar de tirar los fardos o entregarse, trataban de huir. A saber cuánto dinero costaba la mercancía que transportaban y las consecuencias de no llegar al punto fijo que habían pactado con los cabecillas de la organización. Tal vez en esos momentos los delincuentes no temían entrar en la cárcel, sino el día que tuvieran que salir de ella y enfrentarse a otro tipo de justicia más irracional.

Con la sangre comenzándole a hervir, Adriana fue consciente de que debía regresar a casa si no quería que notasen su ausencia. Desde que tenía uso de razón, su padre, Edelmiro, siempre había sido un poco exagerado en cuanto a la seguridad se refería. Pero su paranoia se había incrementado notablemente desde que, en las últimas semanas, habían recibido un par de cartas en las que, con letras recortadas de periódicos y revistas, amenazaban a su familia.

Pese a la alarma que eso había generado en casa de los Sierra, Adriana no estaba preocupada. Era normal que en el hogar de un político, concretamente el alcalde de Vilagarcía de Arousa, los detractores de sus medidas les dirigiesen mensajes poco amables, repletos de insultos y alguna que otra advertencia para intimidarlos. El problema, según su opinión, era que se les daba demasiado crédito a palabras viscerales, surgidas de manera irracional, que en realidad no eran más que una forma de expresar la frustración de muchos.

Se lo había intentado explicar a Edelmiro en innumerables ocasiones mientras éste caminaba arriba y abajo de su despacho, pero su padre siempre contraatacaba con lo mismo. Él pertenecía a la generación de los años setenta, esa que él llamaba generación perdida, y, según su experto e inalterable punto de vista, se empezaban a repetir los mismos sucesos.

Le hablaba de la historia negra de la costa gallega, donde el dinero, la droga y el poder se juntaron, fulminando de golpe a toda una población de jóvenes que se entregaban al polvo blanco, la *farina*, como comúnmente la llamaban en su tierra, sin prever las consecuencias. La convivencia con el narcotráfico provocó que el consumo se viera con total normalidad.

Hombres como su abuelo, que, crecidos en familias salidas de la miseria, tras enriquecerse con el negocio invertían en caprichos con los que nunca antes habían soñado y se permitían pazos, viñedos de albariño, joyas y coches de lujo.

Pero a ninguno de los capos, la mayoría de ellos rondando la cárcel, se les ocurría probar la mercancía de sus clientes, a los que, por otra parte, despreciaban. Adriana sabía que ése había sido el escenario en el que Edelmiro se había criado, viendo cómo su padre incrementaba la fortuna gracias a actos delictivos. Y por ese mismo motivo, por su experiencia, había dedicado su vida a eliminar ese lastre impuesto, demostrándose a sí mismo y a los demás que la delincuencia no era hereditaria. Él era un hijo de mafioso transformado en político, que dedicaba su tiempo a borrar la huella familiar con las medidas más restrictivas que se recordaban en la ría de Arousa.

Pese a su esfuerzo, Edelmiro aseguraba en las largas comidas en su churrasquería preferida, A Ría de Carril, frente a al Parque Nacional Islas Atlánticas de Galicia, que la ciudad estaba revolucionada. El dinero fácil siempre era atractivo y tentador, pero a diferencia de los años setenta, los nuevos cabecillas no lo usaban para sacar adelante a sus familias, sino para quemarlo con sus vicios, dejando parte de la mercancía en casa para consumo propio. Y era consciente de que si se mezclaba el negocio y el vicio, el resultado eran ajustes de cuentas, venta y consumo.

En mitad de esa lucha encarnizada contra la droga, estaba su familia. Lo único con lo que podían atacar a Edelmiro y volverlo vulnerable. Y a eso se debía la «privación de libertad» de Adriana. Avisar de todos sus movimientos y no poder salir de casa una vez llegada la noche, eran las consecuencias que pagaba. Aunque ella no hacía caso en absoluto de las normas impuestas entre los muros de su hogar, con veintisiete años, le parecía absurdo tener que escaparse a hurtadillas para ver una lluvia de estrellas.

Y si ese día había operativo, el ambiente estaría caldeado en casa de los Sierra. No quería ni imaginar cómo se pondría Edelmiro si se percataba de que esa noche su hija mediana había desobedecido sus normas. Pese a saber que se debía dar prisa, la curiosidad le pudo y se quedó hasta que vio cómo un policía se lanzaba desde el Cóndor hasta la lancha. Desde donde estaba no podía distinguir los deta-

lles, pero al ver que el pequeño barco blanco había frenado en seco, supuso que el agente había amedrentado a los delincuentes con su arma y no habían tenido más remedio que abortar la misión que los narcos les habían encomendado.

Meditando sobre cuál sería el castigo para la persona que pilotaba el navío, y no se refería a la cárcel, sino a la ley de la calle, Adriana deshizo el camino hasta llegar a la valla que limitaba el pazo de los Sierra. Una antigua construcción de piedra rodeada por ostentosos jardines y la fragante presencia de cientos de eucaliptos.

La luz de la segunda planta estaba encendida, lo que significaba que su madre y sus hermanas estarían viendo algún concurso de cocina, cuyas recetas la primera pondría en práctica, posiblemente al día siguiente. También vio encendida la del despacho y eso la preocupó un poco más.

Rodeó la casa hasta llegar a la parte trasera. Exactamente a la parte donde la valla poseía menor altura y estaba en un punto muerto de las cámaras de seguridad. Por ahí escapaba Adriana día tras día, volviendo a sentirse con la adrenalina de una adolescente que evita a sus padres para ocultarles que se ha pasado con la bebida. Pasó un pie por encima y notó cómo la piedra se le clavaba en los muslos desnudos. Se tendría que haber puesto algo más de tela que sus shorts vaqueros. Una vez arriba, sonrió satisfecha por su hazaña y saltó.

Se estaba frotando las manos para desprenderse del polvo blanquecino que se le había adherido, cuando distinguió una sombra oscura y veloz que se abalanzaba sobre ella. Con fuerza y determinación, la agarró y le retorció los brazos, colocándoselos a la espalda y empujándola luego contra el muro de piedra.

Adriana trató de soltarse retorciéndose, pero el desconocido la tenía bien sujeta. La retuvo sin esfuerzo aparente con una sola mano, cacheándola con la que tenía libre. Con movimientos mecánicos y firmes, paseó sus expertas manos desde sus pies hasta sus vaqueros, terminando en el lateral

de la camiseta. Una vez se aseguró de que no llevaba nada, la soltó y Adriana se frotó las doloridas muñecas, sin comprender lo que estaba sucediendo.

—Tenemos una intrusa.

Oyó la voz del hombre por primera vez. Era grave, rigurosa y profesional. No era gallego, de eso estaba segura. Por su acento, se atrevería a asegurar que de alguna de las dos Castillas o de Madrid.

—En la parte posterior de la casa, zona de la fuente. No porta armas consigo.

Por lo menos le quedaba claro que no era un narco. No sabía qué le daba más miedo, si que la secuestrasen o tener que soportar a Edelmiro una vez la liberaran.

Adriana se volvió lentamente, notando cómo su mal genio, ese que no podía controlar y que la transformaba en una persona impulsiva e irracional, iba creciendo. Frente a ella había un hombre al que no conocía, recibiendo órdenes por un auricular oculto en el interior de su oreja. Se detuvo a analizar si lo había visto antes.

Era joven, rondaría la treintena, de pelo castaño, ojos color miel, mandíbula cuadrada y una barba de un par de días. La pista definitiva era su indumentaria. Como Samuel y Antonio, los guardaespaldas de Edelmiro, llevaba un traje negro perfectamente planchado, camisa blanca y corbata oscura.

—No des la alarma —continuó diciendo él por el pinganillo, ignorándolas a ella y su mueca de disgusto—. Es un objetivo fácil de retener, sesenta kilos y un metro sesenta y cinco. Probablemente una activista, no parece que pertenezca a una banda armada o terrorista —concluyó.

—Te estás equivocando... —murmuró ella.

—No te he dado permiso para hablar. Veremos si el dueño de la casa te quiere denunciar por invadir su propiedad o te deja marchar —añadió profesional, serio, sin quitarle la vista de encima por si trataba de escapar.

Adriana no se dejó amedrentar y lo miró desafiante, percatándose de que era bastante más atractivo que las otras «niñeras» de su padre. Por lo menos no parecía un

portero de discoteca cincuentón venido a menos, como los demás que habían pasado por el pazo, pensó.

Estuvo a punto de hablar, de explicarle la situación y ahorrarle el ridículo, pero prefirió quedarse en silencio. Sería bastante más interesante ver la cara de perplejidad del novato cuando comprendiese que había metido la pata hasta el fondo. Aunque eso significaba también que Edelmiro descubriría que ella se había marchado, ignorando sus reglas.

Romeo, el pastor alemán de la casa, llegó precedido de Samuel y Antonio. Como siempre que la veía, el perro se puso a ladrar como un loco, corriendo a su encuentro para que lo acariciase. De las tres hermanas, Adriana era su favorita. Un afecto merecido, por las múltiples horas en que lo había sacado a pasear, nevara, lloviera o hiciera tanto calor que parecía que se iban a derretir.

Malinterpretando la reacción del animal, el joven se movió para interponerse en su camino, temiendo que fuese a atacarla. Pero *Romeo* lo sorteó y se lanzó en los brazos de su ama, que lo recibió con mimos, mientras miraba al nuevo de seguridad, que parecía bastante desconcertado, con aires de suficiencia.

—¿Adriana? —preguntó Samuel, extrañado.

Tenía migas del bocadillo que se estaba comiendo en la sala de las cámaras por encima de su abultado estómago.

—La señorita ha asaltado la casa desde el muro —explicó el joven con el ceño fruncido, tras percatarse de que su compañero conocía la identidad de la mujer que había entrado en la propiedad.

—Hay un error —contestó Samuel.

Aunque trataba de mostrarse serio, no podía evitar que la comisura de sus labios se curvara en una sonrisa que estaba reprimiendo. Después de tantos años a su servicio, prácticamente lo consideraban como de la familia y Adriana sabía que el hombre disfrutaba con su espontaneidad y su habilidad innata para meterse en líos.

—Te he dicho que te estabas confundiendo —le dijo ella al joven, con la satisfacción de dejarlo en evidencia.

—Pese a que no comprendo por qué ha utilizado la valla en vez de la puerta principal, no es una delincuente —explicó Samuel—. Todo lo contrario, se trata de la hija mediana de la familia, Adriana Sierra.

El desconocido no cambió su postura, erguido y recto. Sin embargo, Adriana, que era muy observadora, se percató de que tensaba los músculos y, como muestra de vergüenza, un color rosado le invadía la zona de alrededor de la nariz, arrugada por su ceño fruncido que todavía no había desaparecido.

—Una extraña manera de conoceros —continuó Samuel—, pero bueno, te presento a Hugo.

Dueña de la situación, Adriana se adelantó y le estrechó la mano de forma breve y firme, con una leve sonrisa, que se esfumó de su rostro cuando escuchó la segunda parte de la presentación.

—Tu nuevo escolta.

1

*E*l sonido del despertador era una de las cosas que más exasperaba a Adriana, pese a que lo tenía programado con el clásico de Bon Jovi, *Always*, una de sus canciones favoritas, para mitigar el mal humor que le causaba que la arrancase del sueño. Intentaba adelantarse y levantarse sin necesidad de que llegara a sonar. Su estrategia era sencilla: dejaba la persiana subida del todo y esperaba que la claridad, como ocurría antaño, la fuese sacando de su estado somnoliento.

Miró el reloj de enormes números fosforescentes y vio que eran las siete de la mañana. Tal como suponía, las sábanas estaban tiradas en el suelo, hechas un revoltijo al lado de la cama. Cuando se acostaba inquieta, tenía la costumbre de rotar dormida de un lado a otro del colchón, hasta que deshacía la cama por completo, como si hubiese pasado un huracán. Y es que, en cierta medida, ella podía ser uno de ellos.

Todavía resonaba en su cabeza el eco de la acalorada discusión, de antemano perdida, que había mantenido sobre su nuevo escolta con Edelmiro, buscando el apoyo de alguna de las mujeres de la familia Sierra. Pero la estirada de Elvira, la hermana mayor, que seguía los pasos de su padre, hacía tiempo que había pedido tener uno, y la repipi de Olivia, la menor, parecía encantada con la ostentosidad que supondría ir acompañada al instituto de un guardaespaldas. Por su parte, su madre, la zombie de Lidia, se había pasado con los valiums esa noche y estaba en su propia realidad alternativa.

Tras hacer la cama y devolver a la habitación el orden después del caos que ella misma había creado, se puso las mallas negras y el top deportivo, se recogió la larga melena

castaño oscuro en una coleta alta y, tras calzarse, decidió salir a correr, para quemar adrenalina y calmarse en la medida de lo posible. Trataba de controlar su carácter y frenar al monstruo que estaba a punto de hacer su aparición.

Galicia era un paraíso impredecible. Una tierra salvaje que nada ni nadie dominaba y que cada día sorprendía con un clima que a veces te transportaba hasta islas Vírgenes y otras te lanzaba de cabeza en medio de una tormenta que presagiaba el fin del mundo. Adriana se asomó a la ventana para ver qué tiempo la esperaba esa mañana. La cristalera, que dominaba uno de los laterales del cuarto y daba paso a un estrecho balcón de piedra, tenía una de las mejores vistas del pazo. Su abuelo debió de subir hasta allí y ver cómo Vilagarcía, con su playa de arena fina y las montañas repletas de viviendas, se extendía a sus pies, para decidir gastar una ingente cantidad de dinero en aquella especie de mansión.

Pese a que el sol no había hecho aún su aparición, el cielo estaba despejado, lo que hacía presagiar un verano caluroso. Adriana se disponía a salir fuera y ponerse en marcha, cuando percibió un movimiento en la casa de los de seguridad, que ahora tenía más inquilinos. Era una edificación exterior en la que antaño habitaba el servicio doméstico, que ahora ellos no tenían ni se podían permitir. Con su propia cocina, cuarto de baño y cinco habitaciones, estaba situada en el jardín trasero, junto a una fuente rodeada de setos, que Lidia se esmeraba en podar formando figuras abstractas que no se parecían a nada que Adriana conociera.

La puerta de la casa pequeña se abrió y, desde donde ella estaba, vio que se trataba de Hugo. Si el chico la vio, no hizo ningún gesto que lo demostrara. Llevaba unos pantalones deportivos anchos por encima de la rodilla y una camiseta de manga corta blanca, que le daban un aspecto muy distinto del elegante y formal del traje, pero revelaban un cuerpo definido, musculoso y sexy. Adriana lo contempló de arriba abajo, impresionada por su buena condición física.

«Es tu niñera, la persona que te va a privar de tener intimidad», pensó, ahuyentando las instintivas fantasías que le habían surgido al imaginar las cosas que podría hacer con ese hombre.

Hugo fue directo al merendero y se agachó para estirar los músculos, ofreciendo a la espía, como se denominaba Adriana a sí misma después de acechar desde detrás de una cortina, una panorámica perfecta e impactante de su trasero. Una vez terminado el calentamiento, se agarró a la barra sobre la que extendían el toldo los días de verano y comenzó a hacer flexiones a un ritmo constante, quedando suspendido por encima del metal quince segundos en cada ejercicio.

Una parte de ella se habría quedado observando a su impuesto nuevo escolta, pero la práctica la avisó de que era la única oportunidad que tenía de salir a hurtadillas y poder correr sin su presencia. Se desplazó sigilosa hasta la puerta principal, ya que en la de atrás se toparía con Hugo. La cámara reaccionó a sus movimientos, cambiando de posición hasta enfocarla y ella, sonriéndole con suficiencia a Samuel o a Antonio, no sabía quién estaría a esas horas al otro lado, emprendió la marcha, dedicándoles una reverencia como despedida.

Ya iba a cantar victoria, cuando oyó el sonido de unos pasos detrás de ella. No quiso mirar, pero no tardó en comprobar que sus peores temores se hacían realidad. Hugo no tardó en alcanzarla y ponerse a su altura, obligándola a detenerse en seco.

—Buenos días, Adriana —la saludó con una sonrisa que a ella le permitió ver su dentadura y sus labios perfectos, un gesto que pretendía ser un ofrecimiento de paz después de su primer encuentro.

—Buenos días, Hugo —le devolvió el saludo con fingida cordialidad—. Una carrera rápida y cuando regrese ya puedes convertirte en mi sombra el resto de la mañana. —Trató de sonar autoritaria.

—Te acompaño.